

hombres, todo estaba presente á la solitaria Madre del Redentor.

Como embebida en tales pensamientos estaria la Señora cuando se encontró agradablemente sorprendida con la presencia de su Divino Hijo resucitado y glorioso. ¡Qué consuelo! ¡Qué momento de tanta felicidad para aquella amantísima Madre! Vé á su Hijo: pero no ya en manos de sus enemigos: le contempla, pero no agonizante bajo el enorme peso de la Cruz, ni pendiente de ella escuchando las blasfemias é insultos de sus enemigos, sino victorioso y triunfante de la muerte. ¡Cuáles serian en aquellos instantes los efectos de su corazon! ¡Cuáles las dulces espresiones que Madre é Hijo se dirigian! La V. Agreda se ocupa de esta visita de Jesucristo resucitado á su Santísima Madre, y dice que recibió en ella tantos favores y consuelos que recompensaron cuanto habia padecido durante su pasion y muerte. Porque en efecto, pasaron para María los dias del rigoroso invierno de las tribulaciones y amarguras, y aparecieron las hermosas mañanas de la mas deliciosa primavera. El gozo y la alegría sucedieron al dolor y la amargura, y María poseia ya otra vez el amado de su corazon: verdad es que de nuevo ha de separarse de ella, pero es para subir al cielo triunfante, y dominar desde allí como Rey universal de los cielos y de la tierra al mundo entero: subirá al cielo y cuando haga su segunda venida á la tierra no será ya en el estado humilde que hizo la primera, sino lleno de Magestad y de grandeza para juzgar á los pueblos y naciones. Esto consolaba necesariamente á aquella Madre feliz y bienaventurada, que mas tarde habia de subir tambien al cielo para ser coronada por Reina de lo ángeles y de los hombres.

No queremos dejar de hablar de la aparicion de Jesucristo sobre el mar de Tiberiades, que el Evangelio nos re-

fiere del modo siguiente: Poco tiempo despues de su llegada á aquella provincia, y cuando ya las primeras apariciones del Maestro habian disipado todas las dudas, Pedro, Tomás Didymo, Nathanael, que suponemos sea el mismo Bartolomé oriundo de Caná de Galilea, Santiago y Juan hijos del Zebedeo, y otros dos discipulos de Jesus se hallaban reunidos á la orilla del mar, y Simon Pedro les dice: Yo me voy á pescar. Los compañeros le dijeron: Vamos tambien nosotros contigo: Salieron, pues, y habiendo entrado en un barco, trabajaron toda la noche sin conseguir sacar nada. A la mañana se acercaron á tierra donde Jesus les esperaba, pero ellos, si bien lo vieron, ni aun sospecharon que pudiese ser el Maestro. Dirigiéndose á ellos el Salvador, muchachos, les dijo: ¿teneis algo que comer? No: le respondieron. Segun eso, nada habeis cogido durante la noche: no os desalenteis por eso, echar la red á la derecha del barco y hallareis. Asi lo hicieron: echaron la red y ya no podian sacarla de cargada que venia. A vista de tal prodigio no pudieron menos de reconocer al Salvador: El Señor es, dijo el amado discípulo, y siguiendo Pedro los impulsos de su corazon y la impetuosidad de su amor, se puso la túnica exterior de que estaba desnudo, se arrojó al agua y vino á través de las olas á abrazarse con su divino Maestro. Los demas discipulos guiaron la barca á la orilla, trayendo con gran trabajo la red que contenia ciento cincuenta y tres grandes peces, sin que por esto se rompiese por un nuevo milagro. Habiendo desembarcado los Apóstoles, vieron brasas puestas y un pez sobre ellas y pan. Traed, dijo el Señor á sus Apóstoles, alguno de esos pescados que acabais de coger: sentaos y comed porque teneis necesidad de alimento y de descanso. Ninguno de ellos dudaba que fuese Jesucristo el que les hablaba: su voz, su rostro, el milagro,

todo les demostraba su presencia, pero ninguno de los que comían con él osaron preguntárselo.

Concluida que fué la comida, Jesus empezó á conversar con los Apóstoles, y dirigiéndose á Pedro, le preguntó por tres veces seguidas si le amaba. Pedro, contestó afirmativamente, y el Señor le dió el noble cargo de apacentar su rebaño, por estas palabras: «Apacienta mis corderos: apacienta mis ovejas.» Hé aquí como Jesucristo confiara á Pedro el cuidado de apacentar el comun de los fieles, constituyéndole por estas palabras cabeza universal de toda la Iglesia. En vano querrán los protestantes negar la autoridad del Vicario de Jesucristo, pues claramente se descubre por estas palabras del Salvador á San Pedro, aunque no estuviera suficientemente declarada por aquellas otras con las cuales un dia el Señor le manifestara la eleccion que de él habia hecho por estas palabras: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á tí daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos¹.» ¡Cuán grande y sublime es la dignidad del Vicario de Jesucristo! Dichoso el que no se separa de su obediencia, y el que guarda á la cátedra de Pedro el respeto y la veneracion que le es debida. El que se aparta de Pedro, se separa de la Iglesia y fuera de la Iglesia no hay salvacion. No lo olviden, los que dejándose seducir por las doctrinas del error, se convierten en enemigos de aquel á quien dió Jesucristo todo poder, autoridad y doctrina para regir y gobernar á ovejas y pastores. No hay señales mas ciertas de la estincion de la fe, en una familia ó en un reino, que la disminucion de este respeto y veneracion á la cáte-

¹ Math. cap. XVI.

dra de Pedro, al paso que el Señor colma de bendiciones á los que viven sumisos y obedientes á la suprema potestad de su representante en la tierra, que es el sucesor de Pedro, cabeza visible de la Iglesia católica.

Se acercaba el dia en el que Jesucristo habia de subir al cielo para ocupar su trono á la diestra de su Eterno Padre, y la inmaculada Virgen en cuyo seno habia sido concebido y que dolores tan crueles habia sufrido al par que la víctima sagrada, debia quedar en la tierra por algun tiempo para consuelo de los Apóstoles y maestra de la naciente Iglesia. Determinó la Trinidad Beatísima que tantos y tan singulares privilegios y favores le habia concedido, dispensarle uno nuevo, del cual nos habla la V. historiadora de Agreda, cuya inspiracion vamos á seguir para narrarlo. «Pocos dias antes de la Ascension del Señor, estando su Madre Santísima en el Cenáculo, apareció el Padre Eterno y el Espíritu Santo en un trono de inefable resplandor sobre los coros de los ángeles y santos que allí asistian y otros espíritus que acompañaban á las divinas Personas. Luego la del Verbo humanado subió al trono con las otras dos. Y la humilde siempre y Madre del Altísimo se postuló en tierra, retirada á un rincon, donde adoró con suma reverencia á la Beatísima Trinidad y en ella á su mismo Hijo humanado. Por mandato del Eterno Padre, dos ángeles la intimaron á que se acercase al divino trono, lo que obedeció en el momento. El Eterno Padre la dijo: *Amiga, asciende mas alto*, y obrando estas palabras lo que significaban, con virtud divina fué elevada y puesta en el trono de la Magestad Real, con las tres divinas Personas¹. Causóles

¹ Téngase presente al leer estas revelaciones lo que dijimos en la nota puesta en el capítulo III de la segunda parte, página 123, acerca de los escritos de la venerable española Sor Maria de Jesus de Agreda.

nueva admiracion á los santos ver una pura criatura levantada á tan celeste dignidad. Y conociendo la equidad y santidad de las obras del Altísimo, le dieron nueva gloria y alabanza, confesándole por Grande, Justo, Poderoso, Santo y Admirable en todos sus consejos. Habló el Eterno Padre con María Santísima y la dijo: Hija mia, la Iglesia que mi Unigénito ha fundado, y la nueva ley de gracia que ha enseñado en el mundo, y el pueblo que ha redimido, todo lo fio á tí y te lo encomiendo. Dijo luego el Espiritu Santo: Esposa mia, escogida entre todas las criaturas; mi sabiduría y gracia te comunico, con la que se depositen en tu corazón los Misterios, obras y doctrina y lo que el Verbo humanado ha hecho en el mundo. El mismo Hijo de María habló en seguida y dijo: Madre mia amantísima; yo me voy á mi Padre; en mi lugar te dejo, y encargo el cuidado de mi Iglesia, te encomiendo á sus hijos y mis hermanos, como mi Padre me lo encargó á mí. »

Luego que las tres divinas Personas hubieron hablado á la Santísima Virgen del modo que acabamos de ver, dirigieron sus divinas palabras al coro de los santos ángeles y hablando con ellos y con los demas justos y santos dijeron: « Esta es la Reina de todo lo criado en el cielo y en la tierra; es la Protectora de la Iglesia, Señora de las criaturas, Madre de piedad, Intercesora por los fieles, Abogada por los pecadores, Madre del Amor hermoso y de la santa esperanza; la Poderosa para inclinar nuestra voluntad á la clemencia y misericordia. En ella quedan depositados los tesoros de nuestra gracia, y su corazón fidelísimo será la tabla donde queda escrita y grabada nuestra ley. En ella se encierran los misterios que nuestra Omnipotencia ha obrado para la salud del linaje humano. Esta obra perfecta de nuestras manos, donde se comunican y descansa la plenitud de

nuestra voluntad, sin algun impedimento con el corriente de nuestras divinas perfecciones. Quien de corazón la llamare no perecerá, quien alcanzare su intercesion conseguirá la eterna vida. Lo que nos pidiere le será concedido y siempre haremos su voluntad oyendo sus ruegos y deseos, porque con plenitud se dedicó toda á nuestro beneplácito. »

Las apariciones de Jesucristo resucitado á los Apóstoles fueron muy repetidas, durante los cuarenta dias que mediaron desde que salió triunfante del sepulcro hasta que subió á los cielos. Vamos á hacernos cargo de la última acaecida en el mismo dia de la Ascension. Estando los once Apóstoles comiendo en el cenáculo de Jerusalem, entró el Señor y comió con ellos con admirable dignacion y afabilidad. Como ellos habian de continuar la obra de la propagacion de la nueva ley, durante la comida les dió las mas oportunas instrucciones sobre el modo como habian de obrar y los medios de que se habian de servir para llenar dignamente el alto ministerio para que los habia destinado. Para ello les trajo á la memoria la doctrina que les habia anteriormente enseñado, los prodigios de que habian sido testigos y las órdenes que les tenia comunicadas: « Vosotros »les dice, me servireis de testigos, y cuento con la fidelidad de vuestro testimonio, pues vosotros experimentaréis »tambien la fidelidad de mis promesas. Luego que yo esté »sentado en el trono de mi gloria os enviaré el don precioso »con que mi Padre quiere enriqueceros. Nada temais, permaneced en la ciudad; no os alejéis de ella, mas que el camino que es permitido hacer en un dia de sábado, hasta »que seais revestidos de la fortaleza que os ha de venir de »lo alto, y recibais el efecto de mis promesas. Porque, añá-

1 Obra citada. Parte II, lib. VI, cap. XXVIII.

»dió, el bautismo que Juan conferia á sus discípulos era un bautismo de agua; mas el bautismo que vosotros vais á recibir es el bautismo del Espíritu Santo. Y sabed que esta gracia que os anuncio, no tardará en tener cumplimiento.»

Es de creer y así lo juzgan varios autores que al dar el Salvador esta última instrucción á sus Apóstoles les recomendaría muy eficazmente el respeto y veneración á su Santísima Madre. Esto mismo afirma la V. Agreda, cuyas palabras son del mayor consuelo, y suficientes para alentar la devoción de la Madre de Dios y de los hombres que es como innata en todos los pechos católicos. Hed aquí esas palabras que según dicha escritora, dirigió el Señor, no solamente á los apóstoles, sino á otros muchos discípulos y piadosas mujeres que con ellos se habían reunido. «Hijos míos: Yo me subo á mi Padre, de cuyo seno descendí para salvar y redimir á los hombres. Por amparo, madre, consoladora y abogada os dejo en mi lugar á mi Madre, á quien habeis de oír y obedecer en todo. Y así como os tengo dicho que quien á mí me viere verá á mi Padre, y el que me conoce, conocerá también á él; ahora os aseguro, que quien conociere á mi Madre, me conocerá á mí; y el que á ella oye á mí oye, y el que la obediere me obedecerá á mí; y me ofenderá quien la ofendiere, y me honrará quien la honrará á ella. Todos vosotros la tendreis por Madre, por superior y cabeza, y también vuestros sucesores. Ella responderá á vuestras dudas, resolverá vuestras dificultades y en ella me hallareis siempre que me busqueis, porque estaré en ella hasta el fin del mundo, y ahora lo estoy, aunque el modo es oculto para vosotros.»

Dijimos que estas palabras son del mayor consuelo: ¿Y quién puede dudarlo? ¿La realidad que encierran, no la viene experimentando la humanidad hace cerca de diez y

nueve siglos? ¿No ha sido siempre María, el amparo, el consuelo y la abogada de las criaturas? ¿Puede decirse que ha habido quien á ella haya acudido en el día de la tribulación ó la desgracia, que no experimentase los suaves y hermosos efectos de su protección benéfica? Bien lo saben los cristianos: el que encuentra á María, encuentra á Jesucristo, como el que encuentra á Jesucristo, encuentra al Padre: y por esto la maestra de la verdad é intérprete sagrada de la Escritura, la Iglesia Santa aplica á la Señora estas expresiones del sagrado libro de los Proverbios: «El que me halle, hallará la vida y alcanzará salud en el Señor: mas el que pecare contra mí, dañará su alma. Todos los que me aborrecen, aman la muerte¹.» ¡Cuán presentes debemos tener estas palabras! Si bien como ya hemos tenido ocasión de decir, la devoción de la Santísima Virgen María, es como dicen algunos padres, signo de predestinación, pues por ella se llega á Dios, casi también es signo de reprobación la indiferencia para con la amabilísima co-Redentora de la humanidad. Dios estima en mucho sus virtudes y los grandes privilegios con los que plugo adornarla y engrandecerla; dicen que todas las criaturas la aman, y no concede gracias sino por su mano, como dice San Gerónimo, patriarca de Constantinopla. Aquellas heresiarcas que se propusieron combatir los privilegios de la Virgen Madre, fueron siempre visiblemente castigados y confundidos. Continuamos nuestra narración.

Los apóstoles que hasta tanto que hubieron recibido el Espíritu Santo, continuaron preocupados con ideas terrestres y groseras, quedaron maravillados cuando Jesucristo

1 Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem á Domino. Qui autem in me peccaverit, lædet animam suam. Omnes qui me oderunt, diligunt mortem. Prov. VIII, v. 35 y 36.

les habló de su subida al cielo, cuando ellos esperaban que reinara en Israel, elevando su nación á un estado de grandezas y de gloria; así pues se apresuraron á decirle, apenas habian escuchado sus palabras: « Vos nos hablais de subir al cielo y de dejarnos: segun eso, ¿no habeis de restablecer ahora la gloria del reino de Israel y la independencia de nuestra nación?» Jesus sabia que luego que fuesen iluminados por el Espíritu Santo, habian de quedar trocados en otros hombres, cuyas ideas no habian de ser teóricas sino espirituales, les contestó de este modo: « No os toca á vosotros saber los tiempos y los momentos, cuyo conocimiento se ha reservado mi Padre, y de los cuales hará uso, segun su saber y Omnipotencia. Acordaos solamente de que recibireis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá repentinamente sobre nosotros, que os convertirá en otros hombres y que os hará capaces de servirme de testigos en Jerusalem, en la Judea, en la Samaria, en la Galilea, y hasta en los últimos confines de la tierra.»

Llegó en suma el momento en que las puertas de los cielos iban á abrirse para que por ellas penetrase lleno de gloria y de magestad el que habia redimido á la humanidad con el precio de su preciosísima sangre, pasión y muerte. Jesucristo habia consumado la obra para que habia sido enviado por su Eterno Padre: habia pagado la deuda del hombre, y segun habia repetidas veces anunciado, habia salido del sepulcro triunfante de la muerte. Desde el instante en que efectuó este gran prodigio anunció su Ascension á los cielos, diciendo á la Magdalena: « Vé á mis hermanos y diles: Subo á mi Padre y vuestro Padre; á mi Dios y vuestro Dios.»

El gran día amaneció: Jesucristo condujo á sus apóstoles hácia la aldea de Bethania y desde allí le siguieron

todos hasta el monte de las Olivas. Allí despues de haber estendido sus manos sobre ellos dispensándoles su bendición, se fué elevando dulcemente ante sus ojos hasta que le fueron perdiendo de vista. Atravesando las nubes, penetrando los cielos, Jesucristo llegó hasta el Empíreo, entre las aclamaciones de la milicia celeste, y fué á colocarse en su trono á la diestra de su Padre. En aquel momento dichoso sobre toda ponderacion, los justos del Testamento antiguo que habian esperado en el seno de Abraham el día de su libertad, vieron cumplidos sus deseos, pues que formaron la corte del soberano Libertador y tras él entraron en la gloria en esa mansion de felicidad y puro gozo, cuyas puertas quedaron abiertas para la descendencia del Padre prevaricador. María quedó en la tierra, pues no era llegada la hora señalada en los consejos eternos para que entrara á reinar con su Hijo en la gloria.

Admirable fué á los ojos de los apóstoles el espectáculo de la Ascension del divino maestro. Atónitos y pasmados no se atrevian á articular palabra. Ya habia desaparecido de su vista el que era objeto tan amado para ellos, y sin embargo, permanecian inmóviles olvidados de todas las cosas de la tierra. Las lágrimas corrían por sus mejillas y no podia ser de otro modo. Subiendo Jesucristo al cielo, quedaban huérfanos, sin padre que los dirigiera. En aquellos momentos recordaban sus dulces palabras, los grandes prodigios que le habian visto efectuar, y los muchos beneficios que con mano pródiga les habia dispensado. ¡Cómo vivir sin Jesus á quien tanto amaban! Empero no era en aquel estado de ociosa contemplacion como debian prepararse para recibir el Espíritu Santo, y así se aparecen junto á ellos dos ángeles en figura corporal, los cuales les hablan de este modo: « Varones de Galilea, ¿qué estais mirando

al cielo? Este Jesus vuestro Salvador y nuestro Dios, que á vuestra vista ha ascendido á él, volverá un dia como lo ha anunciado. Entonces se volvieron á Jerusalem desde el monte llamado del Olivar ¹. »

No concluiremos este capítulo ya demasiado extenso, sin fijar nuestra consideracion en una circunstancia que envuelve una enseñanza provechosísima. Nos refieren los Evangelistas que Jesucristo verificó su Ascension gloriosa desde el monte de las Olivas, donde se hallaba el huerto de Gethsemani: ¿Y por qué elige aquel lugar, donde empezó á padecer siendo aprisionado por sus enemigos? Es claro á todas luces: para que sepamos que no es posible participar de la gloria de Jesucristo, sin participar de sus oprobios: que los trabajos y aflixiones de la vida forman la escala para el cielo. La cruz y los padecimientos han de labrar la corona del cristiano. Los que siguen á Jesucristo, deseosos de participar del bien supremo, se glorían siempre como el Apóstol San Pablo en las adversidades y tribulaciones.

¹ Act. Apost. I. v. 11 y 12.

CAPITULO IX.

Maria Maestra de la Iglesia.

Jesucristo habia subido á los cielos y fundada quedaba la Iglesia, que cual arca misteriosa habia de conducir al puerto de la felicidad á cuantos en ella se refugiaban hasta la consumacion de los siglos. Los Apóstoles encargados de llevar la luz del Evangelio hasta los confines de la tierra, eran hombres toscos é ignorantes. Las obras de Dios no necesitan de la sabiduría de la tierra, y por esto el Salvador no se dirigió al pórtico ni al areópago, en busca de los que habian de llevar á cabo la obra de la regeneracion social, sino á las orillas del mar: la sabiduría divina que era necesaria para efectuar la revolucion moral mas espantosa que conocieran los siglos, la habian de recibir del cielo oportunamente antes de dar principio al cumplimiento de su altísima mision sobre la tierra. Uno de los Apóstoles habia prevaricado vendiendo al soberano Maestro, y arrastrado á la desesperacion se habia quitado la vida. Consignemos aqui los nombres de los once Apóstoles que permanecieron fieles al Señor, y en los cuales se habia de cumplir la promesa de la venida del Espíritu Santo. Eran Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago de Alpheo, Simon el Zeloso y Judas hermano de Santiago. Todos estos permanecian reunidos, perseverando en la oracion en compañía de la Santísima Virgen y de las piadosas mujeres que no habian querido aban-